



MUSEO VIRTUAL DE HISTORIA DE LA MASONERÍA

SATANISMO Y MASONERÍA

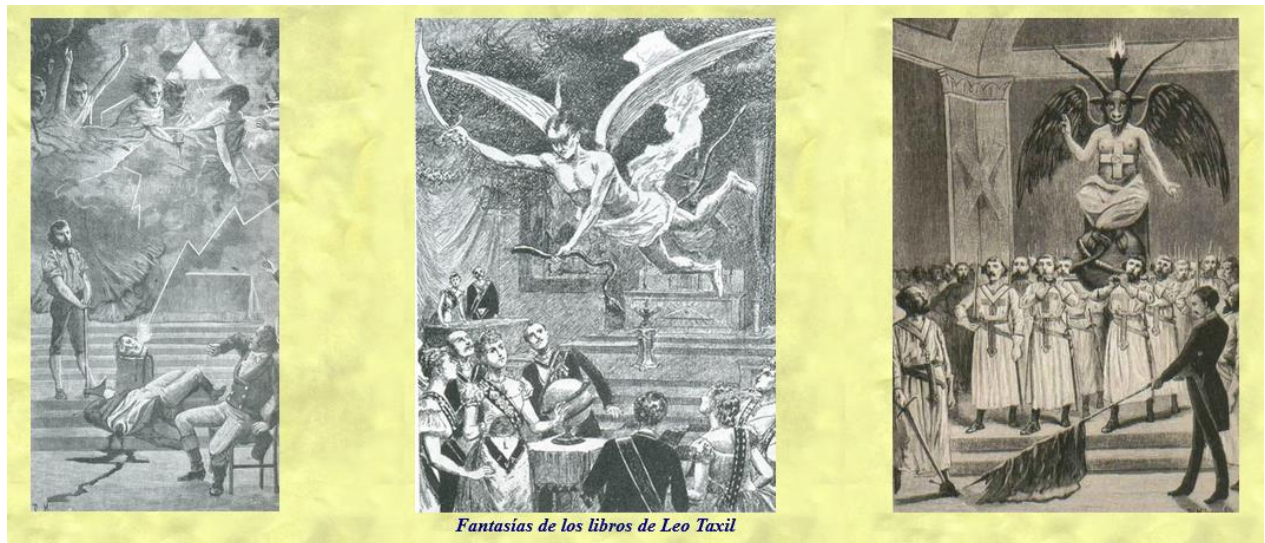
Uno de los casos más grotescos de la dura polémica entre la Iglesia católica y la masonería a finales del siglo pasado, y que dio origen a la leyenda del satanismo en la masonería, es el de Leo Taxil, francés, cuyo verdadero nombre era Gabriel Jogang Pagés, nacido en 1854 en Marsella. A los 19 años comenzó su doble carrera de periodista y fumista. Llegó a movilizar varias chalupas con más de un centenar de soldados armados de arpones para buscar los tiburones que infestaban la rada de Marsella. Numerosos pescadores habían dirigido cartas angustiosas a las autoridades de la zona. Poco después se supo que los tiburones sólo existían en la imaginación de Léo Taxil, que era quien había escrito todas las cartas. Por esas fechas estaba de redactor en un periódico sensacionalista *La Marotte* que acababa de ser prohibido por delito contra las buenas costumbres. Más tarde, Taxil, condenado a ocho años de prisión, logró huir a Ginebra, donde reincidió. Las sociedades de eruditos y de arqueología de toda Europa recibieron la sorprendente noticia de que las ruinas de una ciudad romana aparecían bajo las aguas del lago Lemán. Una vez más Léo Taxil se había vuelto a reír de la opinión pública.



Marie Joseph Jogand-Pagès (1854-1907), usó en sus fraudes los pseudónimos de Léo Taxil, Paul de Régis, Adolphe Ricoux, Samuel Paul Rosen y Doctor Bataille

Aprovechándose de una amnistía, Léo Taxil volvió a Francia y se manifestó como un gran anticlerical. Extraordinariamente prolijo acumuló una gran fortuna con títulos como «Pío IX ante la Historia, su vida política y pontifical; sus vicios, sus ídolos, sus crímenes», etc.

Leo Taxil, después de haber pertenecido durante un breve tiempo a la masonería (de la que precisamente fue expulsado), causó enorme sensación en 1885, cuando aparentó su conversión y vuelta a la Iglesia católica. Decidió hacer de la masonería un gran y lucrativo negocio. Con ese fin publicó toda una serie de libros antimasónicos. El primero llevaba por título *Los Hermanos Tres Puntos. Revelaciones completas sobre la Masonería* [París, 1885]. En este y en los siguientes libros: *El culto del Gran Arquitecto*, *Las Hermanas masonas*, *La Francmasonería desvelada y explicada*, *El Vaticano y los masones*, *Los asesinatos masónicos*, *La leyenda de Pío IX masón*, etc., puso sobre el tapete las más absurdas patrañas, que acompañaba de pasajes tomados de los verdaderos rituales masónicos. Ya en los *Tres Hermanos Puntos* lanzó la idea de que los masones practicaban el culto del diablo. En el libro *Las Hermanas Masonas* describe el «culto del demonio», llamado *Palladismo*, inventándose orgías en las que Lucifer era venerado como el Príncipe. Además se debía adorar a Satanás, representado en forma de Baphomet, un ídolo con patas de cabra, pechos de mujer y alas de murciélago. El punto culminante consistía en la profanación de hostias robadas previamente.



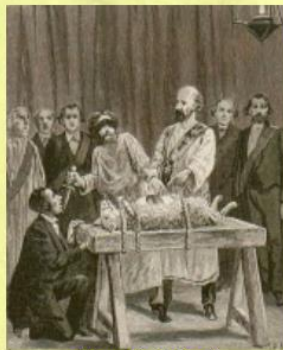
Una gran parte de los periódicos católicos del tiempo llenaron diariamente columnas enteras con estas revelaciones. El propio Papa León XIII llegó a recibir al «converso» en una audiencia especial.

Negocio floreciente:

Pronto tuvo Taxil numerosos discípulos. Uno de ellos, el doctor Bataille que en realidad era un alemán llamado Hacks que escribió una voluminosa novela titulada *El diablo en el siglo XIX o los misterios del espiritismo. La Masonería luciferina* [París, 1892]. El italiano Domenico Margiotta que publicó *El culto de la Naturaleza en la Masonería universal* [Bruselas, 1895]. Jules Doinel, más conocido por J. Kotska, escribió *Lucifer desenmascarado* [París, 1895]. Estampey-Jannet publicó *La mano del diablo o la Masonería* [Avignon, 1885]. Un alto eclesiástico, monseñor Armand-Joseph Fava, obispo de Grenoble, también se afilió a los discípulos de Taxil, escribiendo *El secreto de la Masonería* [Lille, 1885]. El negocio floreció y los escritos de Taxil, Hacks, Margiotta, etc., encontraron venta rápida. En concreto, de *Los Hermanos Tres Puntos*, en poco tiempo se vendieron hasta 100.000 ejemplares.



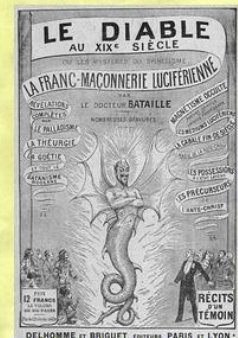
El arzobispo y jesuita francés Léon Meurin escribió un importante y truculento libro, *La Francmasonería, Sinagoga de Satán* [París, 1893], que se apoya como toda autoridad en Taxil, y que incomprensiblemente fue traducido al castellano en 1957 por Mauricio Carlavilla. Lo titula *Filosofía de la Masonería* [Madrid, 1957], y su continuación *Simbolismo de la Masonería*, para llegar a la conclusión de que la Masonería es la continuación de todo el satanismo pre y post cristiano, movilizado para destruir el Cristianismo.



Fantasia de Taxil



Parodia de tenida masónica (1757)



La Masonería luciferina del Dr. Bataille (Paris, 1892)

Diana Vaughan, la «noble señora»:

El punto culminante del «fraude» Taxil alcanzó auténtico vértigo cuando Taxil y sus amigos inventaron una segunda criatura femenina, la Palladista Diana Vaughan, que se suponía era hija del demonio Bitrú, con sus *Memorias de una Palladista* [París, 1895-97], cuenta cómo fue consagrada a Satán al ser recibida en una logia donde fue posesionada por el diablo Asmodeus. Fue tal la psicosis, que *La Civiltà Cattolica*, órgano oficioso del Vaticano, elogió a «la noble señora» y a los «otros esforzados combatientes». De todas partes llegaron a Diana Vaughan entusiastas cartas, y como hizo un donativo el cardenal Parochi, de Roma, para la celebración de un Congreso antimasónico, éste le envió de parte del Papa su bendición apostólica.



Fraudes de Taxil; la Palladista Diana Vaughan, supuesta hija del demonio Bitrú

En 1896 tuvo lugar en Trento el esperado con gran pasión Congreso Antimasónico. Se reunieron no menos de 36 obispos, 50 delegados episcopales y otros 700 delegados. En el centro del Congreso estuvo el asunto de Diana Vaughan. Pronto se manifestaron dos direcciones opuestas. Por un lado los alemanes que ya se habían repuesto del embuste de Taxil, y por otro la gran mayoría que estaban de buena fe al lado de Vaughan y Taxil. El mismo Taxil, recibido con grandes aplausos, intervino en el debate, adjudicándose un gran triunfo cuando sacó del bolsillo una «fotografía» de Diana Vaughan.

El lunes de Pascua de 1897, Taxil había convocado una gran asamblea en la sala de la Sociedad Geográfica de París, en la que tendría lugar una conferencia sobre el culto palladista. Pero Taxil aprovechó la concurrencia para comunicar que había conseguido la más grandiosa mixtificación, pues Diana Vaughan jamás había existido y había estado engañando a la Iglesia católica desde hacía doce años de un modo formidable. No pocos escritores se hicieron eco del *affaire* Taxil. Algunos títulos son elocuentes: *El fin de una mixtificación*; *Léo Taxil, el rey de los fumistas*; *Las imposturas de Léo Taxil*; *La más grande mixtificación antimasónica*, etc.

Engaña, que algo queda:

Algunos círculos antimasónicos, en especial franceses, resentidos ante el triste desenlace del caso Taxil, intentaron buscar una solución que contrarrestara la impresión causada en los ambientes intelectuales. Entonces dieron un nuevo enfoque a su lucha antimasónica que quedó centrada no ya contra la masonería satánica, sino contra la masonería política, cultural y social, fundándose una serie de organizaciones antimasónicas como la que patrocinaba la *Revista Internacional de las Sociedades Secretas*, o la *Revista Antimasónica*, o *Los Cuadernos del Orden*.

Extractado de: José A. Ferrer Benimeli (Universidad de Zaragoza), *El contubernio judeomasónico-comunista*, Madrid, 1982, pp. 31-133.